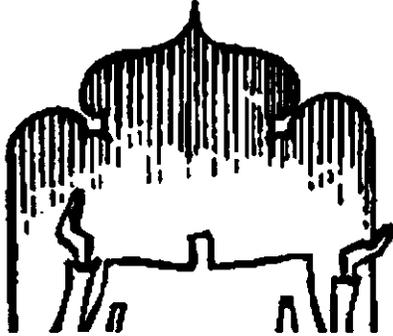


LA POLITIZACION DEL *Islam*

Patricio Troya*



Hace ya varios años una insistente afirmación ha venido empleándose para designar todo hecho de violencia que, de alguna manera, tenga relación con asuntos árabes, "el terrorismo islámico", alternada con otras como "la politización del islam" o "el fundamentalismo islámico" han sido usadas indistintamente en un intento de englobar acciones que, normalmente, no pueden ser asimiladas tan fácilmente.

Frente a afirmaciones de esta índole bien cabe hacer varios cuestionamientos que

nos permitan analizar la real magnitud de asertos como los mencionados. ¿Existe un "terrorismo islámico" propiamente dicho? ¿hay una politización del islam? ¿es el islam la única religión a la que podría imputarse estas "deformaciones"? Con certeza son muchas las preguntas que podrían surgir en torno a este tema y mi intención no es agotar todas ellas, por el contrario, de las respuestas a las interrogantes planteadas podrían surgir nuevas inquietudes respecto de un tema que, con demasiada frecuencia, se maneja simplista y alegremente.

(*) *Tercer Secretario del Servicio Exterior. Trabaja en la Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Relaciones Exteriores.*

La intención de este ensayo es doble; por un lado pretendo sostener que no existe un "terrorismo islámico" como tal, de igual manera afirmo que la politización del islam - que efectivamente existe- no se encuadra en la tónica que pretenden mostrarnos algunas agencias de prensa y, finalmente, que el islam no es la única religión en el mundo a la que podría achacarse semejantes acusaciones; por otro lado anhelo que este artículo sirva para motivar al lector a investigar con mayor profundidad sobre este tema y pueda extraer conclusiones propias que pueden o no coincidir con las que se presenten aquí.

¿Existe un terrorismo islámico?

Empezaremos analizando la existencia o inexistencia de un "terrorismo islámico", aceptar que existe implicaría aceptar que hay una violencia de carácter religioso que nace y muere en el ámbito de la religión y que obra inspirada exclusivamente en dogmas y artículos de fe; lo cual nos llevaría a eliminar factores de índole política o económica como motores de esos hechos de violencia, puesto que incluir en la explicación de estos hechos violentos a tales elementos significaría que el "terrorismo islámico" no es en esencia un hecho religioso sino, más bien, político. Por otro lado si aceptamos la existencia de un "terrorismo islámico" deberíamos aceptar también que la masacre perpetrada en una mezquita en Cisjordania y el asesinato de Isaac Rabin son claras muestras de un "terrorismo sionista" y que los enfrentamientos en Irlanda del Norte evidencian la

incontestable presencia de un "terrorismo católico" y de otro "protestante"

Al tratar el tema de la violencia vinculada de cualquier manera al islam, se omite, ya sea por ignorancia ya sea por otras razones, la variable política, la cual nos permitiría comprender ciertos motivos que podrían encontrarse detrás de atentados o explosiones inexplicables a primera vista. Esto no debe entenderse bajo ningún punto de vista como una justificación de la violencia empleada por grupos extremistas, sino simplemente como un intento por explicarla. El hecho en concreto es que la virulenta reacción de determinados grupos de radicales no es simplemente un asunto de carácter religioso, nada está más lejos de la verdad; cuando Hamas o Jihad islámica envían a un suicida a detonar una bomba adherida a su cuerpo dentro de un autobús israeli no lo hacen para forzar la conversión del pueblo judío a la religión musulmana, lo hacen para combatir a un estado que consideran invasor de sus tierras y avasallador de su pueblo; cuando el Frente Islámico de Salvación argelino (FIS) emprende una campaña de violencia, dentro o fuera de su territorio, no pretende brindar con ello mayor gloria al islam, sino erigirse en un instrumento de protesta radical para un pueblo que está siendo azotado por graves problemas económicos y políticos, y cuya voluntad (expresada en las urnas y favorable al FIS) fue burlada por los actuales gobernantes en alianza con las Fuerzas Armadas argelinas.

La realidad es que si escarbamos en lo aparente encontraremos que detrás de aquellos hechos, presentados como fruto de

la barbarie y la intolerancia religiosa, existen estímulos mucho menos espirituales y más cotidianos que son los que realmente impulsan a ciertos grupos de fanáticos a detonar bombas o disparar contra blancos civiles. Esos factores políticos, económicos y sociales hacen la diferencia entre un creyente (indistintamente de la religión) y un fanático dispuesto a emplear la violencia cuantas veces lo crea necesario.

Si quedan dudas sobre esta afirmación recordemos lo que hasta hace tan pocos años fue Sarajevo, una ciudad en la que la convivencia de tres religiones distintas fue a tal punto pacífica que llegó a convertirse en modelo de coexistencia; la tragedia que sacudió a esta ciudad y a toda Bosnia Herzegovina no tuvo su origen en la "intolerancia islámica" ni en su "politización" sino, muy al contrario, se inició en los afanes expansionistas de una etnia mayoritaria que se lanzó irracionalmente contra todo lo que fuese o pareciera distinto. Mientras el factor político no intervino, mientras los cálculos económicos no se hicieron presentes la diferencia de religiones nunca fue un problema, los fieles musulmanes no constituían un peligro para nadie y la convivencia entre islámicos, ortodoxos y católicos no registraba violencias de ninguna especie. No fue entonces el factor religioso el que desató la brutalidad que caracterizó a los enfrentamientos entre serbo-bosnios y bosnios musulmanes, sino el cálculo político de líderes como Milosevic o su marioneta Radovan Karadzic (hoy acusado de crímenes de guerra y requerido por un tribunal internacional).

En defensa de lo afirmado invito al lec-

tor a reflexionar sobre el siguiente hecho: ¿por qué los estallidos de violencia indiscriminada y que han sido calificados como "integrismo islámico" se han dado en estados que afrontan hoy serios problemas económicos y/o políticos como Argelia, Egipto, Líbano y años atrás en Irán, o en zonas extremadamente convulsionadas como Palestina ? ¿por qué no se han registrado hechos semejantes en estados como Omán, Kuwait, Qatar o Arabia Saudita (la explosión de una bomba en un cuartel norteamericano será tratada posteriormente) ?, ¿no será que existe una relación entre la violencia y la pobreza, entre el fanatismo y la dureza de las condiciones de vida de ciertos pueblos ?

Por qué no recordamos lo que hasta hace muy pocos años sucedió en nuestra América, cuando las décadas de los sesentas y setentas se convirtieron en escenario de una virulencia generalizada que, en campos y ciudades, pretendió convertirse en instrumento de protesta de pueblos que sentían el peso de injusticias sociales y económicas que aún hoy no han podido ser superadas; nunca se habló en ese entonces del "terrorismo latino" pero sí se creó el fantasma de la "amenaza comunista" con la que se identificaba a toda reivindicación política o social de los pueblos de estas latitudes. La causa eficiente de esa violencia guerrillera -que no pretendo defender ni exaltar- se encuentra en las paupérrimas condiciones de vida de millones de latinoamericanos cuya situación determinó, incluso, cambios profundos en la forma de pensar de la Iglesia Católica de América Latina.

Quizá podemos plantearnos si ¿no será

posible que en este mundo unipolar el hoy extinto "fantasma comunista" haya debido ceder su lugar a nuevos espectros que espejuznan al mundo, justificando, de paso, la presencia del nuevo hegemon en aquellas regiones en que sus múltiples intereses demandan una vigilancia efectiva sobre vasallos no siempre dóciles ?

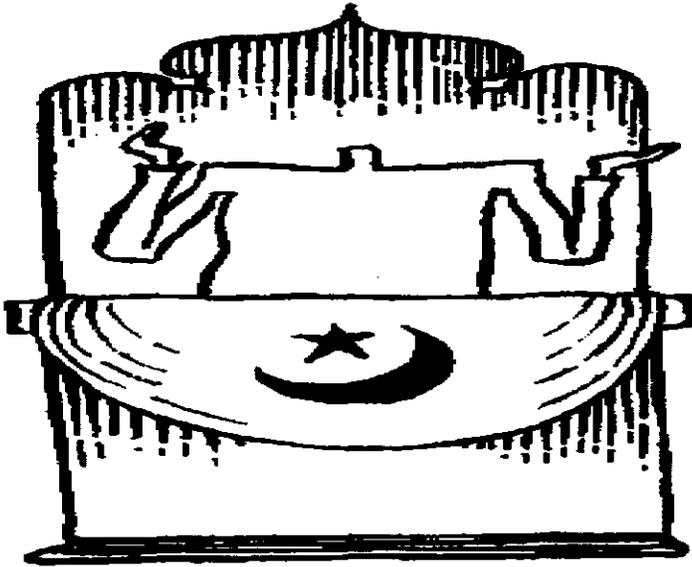
El así llamado "fanatismo musulmán" no será erradicado, ni tan siquiera controlado, con bien entrenados rambos que irrumpen a sangre y fuego en territorio del enemigo (aldeas, caseríos o villorrios pobres) y en prodigiosas acciones bélicas -muy al gusto del consumidor norteamericano- y en nombre del bien liquiden a lucíferos postmodernos para mayor gloria del libre mercado, la democracia y Dios (en ese orden).

Así como la lucha contra toda insurgencia en el mundo tuvo que incluir en su estrategia la erradicación de las causas que permitieron la irrupción de esa violencia subversiva, así también enfrentar el problema planteado por grupos de radicales islámicos necesariamente deberá contemplar el combate contras las condiciones que permiten que jóvenes árabes engrosen las filas de organizaciones que predicán -y practican- la violencia como recurso eficaz para lograr días mejores.

Habíamos mencionado en líneas anteriores la explosión que se produjo en una base norteamericana en Jobar, Saudiarabia; pues bien aquello que fue calificado casi inmediatamente como un vivo ejemplo del integrisimo islámico fue paulatinamente revelando su verdadera faz, la misma que, nuevamente, demostró tener más de política que de reli-

gión. No fue la fe musulmana o la intolerancia contra otras religiones la que llevó a un fanático a explotar un camión repleto de explosivos contra una base de E.U. en Arabia Saudita, fue la presencia en ese territorio de una potencia extraña, normalmente mal vista y perteneciente a un sector del mundo tradicionalmente considerado como enemigo de lo árabe y lo musulmán. Cito al académico francés Paul Marie de la Gorce quien, en un editorial del diario El Comercio de 30 de junio de 1996, y al referirse a la situación en Medio Oriente afirma que: "...el poder omnimodo de Estados Unidos causa más problemas que beneficios. En Medio Oriente no existe un poder externo como Francia o Gran Bretaña. La unipolaridad del liderazgo solo ha provocado más odios innecesarios y un camino demasiado estrecho para lograr una paz duradera en el corto plazo".

Tanto en el caso citado en líneas anteriores como en los casos de Argelia o Egipto, así como en el Irán de Sha, la presencia extranjera (norteamericana, francesa, etc.), manifestada de muy diversas maneras, ha sido tomada como causa de muchos de los males que aquejan aquellos países en donde han surgido brotes de violencia protagonizados por extremistas musulmanes; en esa medida esa presencia ha sido blanco de varios de los ataques de dichos fanáticos, los mismos que encuentran más simple endosar a "lo extranjero" muchas de las responsabilidades propias y superar esas responsabilidades "eliminando" al enemigo. Respecto de este punto no está demás recordar que la injerencia de potencias ajenas actuando en la región árabe ha sido, indudablemente, cau-



sa de alteraciones altamente conflictivas, y los intereses de esas potencias han forzado en más de una ocasión, y a veces violentamente, a renunciar a legítimas aspiraciones de países árabes.

En medio de un panorama como el descrito el Islam se convierte en un soporte que avaliza ideológicamente la lucha de grupos fanáticos que apuestan por una revolución violenta. El islam no es en sí mismo una causa que defender, toda vez que la fe musulmana no está amenazada, ni el judaísmo ni el cristianismo la combaten (oficialmente), es la independencia de los pueblos árabes, su autodeterminación la que está realmente amenazada, el manejo y disposición de sus recursos, su desarrollo y progreso material, y, qui-

zâ, su cultura milenaria que debe enfrentar el embate de la cultura occidental, más reciente quizá pero más pujante sin duda. El islam se vuelve un refugio que ampara a quienes, de una u otra forma, se sienten vulnerados por el actual estado de cosas, se erige en una alternativa frente al régimen oficial que es percibido como aliado e instrumento de "lo extranjero" opresivo y alienante, el islam se revela como un baluarte que evoca un pasado glorioso en el cual el pueblo árabe y musulmán dictaba sus leyes al mundo. El islam no es la razón de la lucha, es una justificación, no provoca la violencia, empero, se lo esgrime para legitimarla.

Bajo estos parámetros no puede hablarse de violencia islámica pues no es la religión

la causa eficiente de esa violencia sino una pantalla tras de la cual se escudan razones de índole política y económica.

La politización del islam

Pasemos ahora a considerar la afirmación de que "se ha politizado el islam". Prácticamente no podríamos encontrar un solo teólogo musulmán que niegue que el islam tiene una esencia política. Desde sus inicios esta religión unificó lo religioso con lo político, en las "suras" (versículos) del Corán se encuentran indistintamente mandamientos religiosos que deberá acatar el individuo y disposiciones políticas que deberán aplicar los estados, no es una blasfemia afirmar que el Islam es una religión política; por el contrario, no es sino reconocer un hecho histórico que arranca desde que el fundador del Islam, el Profeta Mahoma, asume las calidades de guía espiritual, caudillo militar y jefe de la política del abigarrado grupo de seguidores con que se inició la religión musulmana. A su muerte la figura del "Califa" con que se designó a sus sucesores reunía, asimismo, las tres calidades. Y en los momentos de apogeo del imperio otomano (consecuencia de la expansión árabe iniciada por Mahoma) lo único que identificaba a los súbditos de ese imperio era la religión islámica.

En la actualidad de todos los estados cuya población es mayoritariamente musulmana sólo uno, Turquía, ha logrado establecer un régimen completamente laico, idea impensable en el resto de estados de población musulmana; ni siquiera el protagónico Egipto o la revolucionaria Argelia ni la riquísima

Arabia Saudita han logrado implementar un tipo de gobierno que no esté influido en mayor o menor medida por las disposiciones coránicas.

Ello podría resultarnos tan extraño y tan ajeno como la fuerza que tiene la religión en la vida diaria de un musulmán, la profunda imbricación de lo religioso en lo cotidiano de esos fieles es de tal naturaleza que podemos afirmar, sin duda, que la devoción del musulmán a su fe justifica el significado de "musulmán" "el que se entrega" y lo hace sin reservas ni dudas de ningún tipo. Si el creyente islámico vive tan profundamente su fe no es impensable entonces que la organización política que se de a sí mismo responda a los mismos patrones que rigen su propia individualidad, de lo cual se explica que la religión tenga un papel protagónico en la vida política de aquellos estados. De hecho solo una rebelión violenta contra este esquema pudo cambiar esta situación en Turquía, cuando Mustafá Kemal Atatürk (el padre de la Turquía moderna) aprovechó el remezón causado por la Primera Guerra Mundial y forzó un cambio radical en la forma de gobierno y en las costumbres del país.

Desde esta perspectiva el islam es efectivamente una religión "politizada" y así ha sido desde que nació al mundo, eso difícilmente podrá cambiarse. Empero cuando se habla de la "politización del islam" se hace referencia al fenómeno del radicalismo de ciertos grupos musulmanes que han optado por la vía violenta.

Si se acepta la premisa de que el islam no es la razón última de los hechos de violencia que suelen atribuírsele, deberemos

colegir que no es sustentable la idea de que la violencia extremista sea una consecuencia de la "politización del islam". La realidad por ende es que las causas habremos de buscarlas en otro tipo de factores como los que ya hemos analizado.

La politización de otras religiones

Si llegado el punto se acogiesen como ciertas las acusaciones que se han vertido en torno a la supuesta politización del islam, entonces bien cabría reflexionar sobre lo que ha sucedido con otras religiones a lo largo del mundo, ¿ hasta qué punto no se ha verificado el mismo proceso en otras religiones?

La historia ha recogido abundante información que nos permite comprobar que el fenómeno de la vinculación de la política a un determinado credo no ha sido patrimonio del islam ni de las religiones monoteístas ni de occidente. Probablemente todas las religiones han pasado en alguna fase de su vida por un momento en el que la política ha adquirido dimensiones desproporcionadas y ha determinado el rumbo a seguirse.

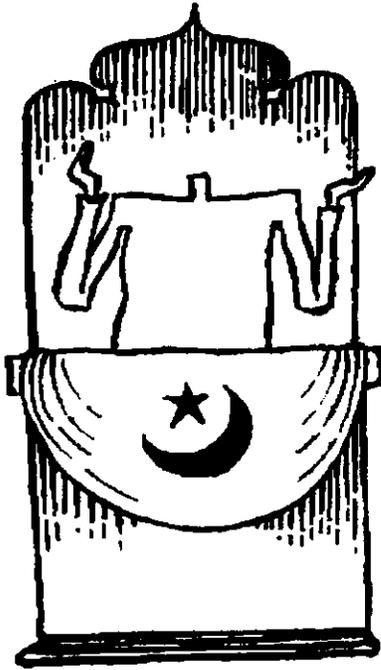
Jean Baubérot y Alain Touraine ("Las Políticas De Dios", Kepel Giles, pp. 17 y siguientes) sostienen que este tipo de fenómenos se vienen produciendo en la actualidad en diversas religiones y, aunque no podría encasillárselos a todos en un solo molde, existen características comunes que son propias más bien del ámbito político.

La iglesia ortodoxa rusa tras setenta años de letargo insurge con fuerza en la vi-

da política de su país, y busca readecuarse a esta realidad de apertura política y de democracia tras haber coexistido con el absolutismo marxista desde 1918; de hecho esta tarea podría volverse cuesta arriba en la medida en que la iglesia ortodoxa, antaño "iglesia oficial de la Santa Rusia" nunca actuó en un medio semejante, de la autocracia de los Romanov pasó a la dictadura del proletariado, y en ambos casos tuvo etapas de persecución y de colaboración (dependiendo de las circunstancias), no obstante su supremacía nunca estuvo amenazada, hoy, por el contrario, y de la mano con los vientos democráticos que soplan en Rusia, la preeminencia de la iglesia ortodoxa se ve amenazada por católicos y protestantes rusos así como por movimientos carismáticos que surgen del seno mismo de la iglesia ortodoxa y que propugnan su remozamiento.

En la China contemporánea se han multiplicado las formas de expresión religiosa para millones de chinos, no sólo en lo que tiene que ver con los credos vernáculos sino mediante la irrupción de otros de más reciente data como el cristianismo o el islamismo (habiéndose llegado a conceder tratamiento político de minoría nacional para los creyentes del islam en una zona rural de China). De hecho según los precitados autores franceses durante la "Primavera de Pekín" de 1989 se erigió en la Plaza de Tian'anmen una tienda de plegarias en la que cristianos chinos reforzaban el fervor político con la ayuda de la fe

En la India, subcontinente aún misterioso para occidente y en donde lo espiritual desempeña un papel de enorme importan-



cia, la religión ha sido determinante en la política de este estado desde su doloroso parto en 1948, cuando la intolerancia religiosa aupada por ambiciones políticas desataron una de las peores matanzas que haya presenciado el mundo. Ese país ha sido testigo de hechos recientes en los que lo religioso ha sido fundamental; el Partido Nacionalista Hindú derrotó al tradicional Partido del Congreso de Nehru y de Gandhi, este partido tiene un fuerte contenido religioso y nacionalista que ha hecho temer el despertar de los fantasmas de la intolerancia. Por

otro lado la secta nacionalista "Rashtriya Swayamsevak Sangh" ha surgido como una respuesta radical de la mayoría hindú ante una combativa minoría musulmana.

Nuestro continente no se ha visto exento de tales fenómenos, así la otrora omnipresente iglesia católica ha tenido que ceder terreno ante una pujante minoría protestante que ha copado espacios en los que no se había consolidado la preeminencia de la iglesia romana. Sectas protestantes que, inspiradas en sus pares norteamericanas, han apelado al recurso de la prédica televisada o "iglesia electrónica" con un éxito indiscutible. Ese fenómeno va aparejado a hechos de carácter político; como bien lo afirma Jean Pierre Bastian en su obra "Historia del Protestantismo en América Latina" (París, 1990) los movimientos pentecostistas latinoamericanos están ligados a la insurgencia en la arena política de grupos mestizos que buscan alcanzar posiciones socio-políticas antaño monopolizadas por grupos blancos católicos. De hecho el autor cita dos casos exitosos de esta alianza en Latinoamérica, el ex-Presidente guatemalteco Jorge Serrano Elias que se apoyó en la fuerza de grupos protestantes para sumar votos a su candidatura, y, de igual manera, Alberto Fujimori no dudó en apelar a los grupos protestantes peruanos y

presentarse a sí mismo como una especie de "voz de las minorías", a despecho de los ataques que, en razón de su religión, le lanzaba Mario Vargas Llosa.

En nuestro propio país hemos visto como la minoría anglicana incurrió resueltamente en la vida política ecuatoriana, cuando hace ya varios meses la cabeza del anglicanismo ecuatoriano se afilió al MPD para sumar fuerzas en la lucha contra la ley que facultaba la enseñanza de religión en los colegios fiscales; tiempo después surgieron dos candidaturas de este grupo religioso para la Presidencia de la República, pese a que las mismas no prosperaron y terminaron ofreciendo su apoyo al candidato Ricardo Noboa, su participación en la política nacional no ha desaparecido. De hecho, y en un poco feliz episodio, el jefe de la Iglesia Anglicana del Ecuador realizó en Lima declaraciones inadecuadas sobre el problema territorial con el Perú.

Como no citar en este punto la conmoción que sacudió la iglesia católica latinoamericana hasta sus cimientos, cuando Leonardo Boff y otros sacerdotes de la región apoyaron públicamente a la Teología de la Liberación, corriente esta que recibió la inmediata condena papal por apelar a categorías de análisis marxistas para interpretar la realidad social circundante. La teología de la Liberación más allá de la condena recibida dividió, y aún lo hace, al clero latinoamericano, cuya jerarquía -identificada a veces con las élites económicas se ha enfrentado a combativos curas párrocos quizá más cercanos a la cotidianidad del pueblo al que se sienten llamados a defender.

Conclusiones:

Los hechos de violencia que últimamente han sacudido al mundo pueden y deben ser condenados, las justificaciones que se esgriman a su favor no cambiarán el hecho de que víctimas inocentes han caído en la vorágine de intereses que probablemente no compartieron. El presente ensayo no ha tenido por objeto justificar lo injustificable ni avalizar el uso indiscriminado de la violencia. Empero tampoco es aceptable que la responsabilidad de hechos como los mencionados sea endosada injustificadamente a grupos religiosos que nos son presentados, tendenciosamente, como extremistas e intolerantes sin comprobar previamente la veracidad de esas acusaciones; por otro lado en el mundo de las relaciones internacionales el manejo de la información es, hoy más que nunca, un arma de incalculable valor en la lucha por consolidar posiciones o justificar políticas, más aun en un escenario en el que la potencia hegemónica no admite amenazas contra su supremacía ni tolera desviaciones del rumbo que marcan sus propios objetivos.

A lo largo de este trabajo he procurado sustentar las afirmaciones hechas en las primeras líneas; no he pretendido agotar el tema tratado pues su vastedad demandaría mayor aporte de tiempo y dedicación. La intención final fue, y sigue siendo, la de motivar al lector a investigar sobre temas que, como éste, son tratados en ocasiones con ligereza dejando que lo aparente cope el ámbito de lo sustancial.